



LA MEDICINA MAGICA Y SU PROTOTIPO: EL JAIBANA Y SU TERAPEUTICA

Julián Cadavid Gutiérrez



"El hombre es como un niño nacido a media noche quien, cuando el sol se levanta, no piensa que el ayer ha existido".

Proverbio chino.

I. MEDICINA MAGICA

El pensamiento mágico, como exponente de la eterna lucha entre el hombre y lo desconocido, ha sido un factor constante en el origen y desarrollo de la ciencia médica. La escasez de investigadores en Antropología síquica es la causa del poco análisis que existe sobre la importancia del factor "Magia" que persiste en las actitudes que asumimos ante las patologías que fustigan nuestros cuerpos y nuestros espíritus.

Este aspecto de la Etno-Medicina me intrigó desde el año 1953 cuando asistía en París a las conferencias del Profesor Paul Rivet y al mismo tiempo hacía un curso sobre Hipno-terapia en el Hospital de La Salpêtrière. El profesor Rivet, quien me obsequió su estudio sobre el uso de bebidas alucinógenas entre los indios Colorado y Cayapa del Ecuador, me aconsejó la lectura de los trabajos del P. Henri Rochereaux y el libro, aparecido ese año en París: "**Chez les Indiens de Colombie**" de Marquis de Wavrin, estudios que le parecían interesantes. Me añadió: búsquese un núcleo indígena bien apartado de la civilización, ojalá en las selvas del Chocó, hágase amigo del jaibaná-Curandero, analice con buen criterio los fenómenos que observe y así puede llegar a asomarse al misterio del "pensamiento mágico" de la mente humana.

En esta sencilla charla invito a los ilustres investigadores de la Historia de la Medicina, a que tengan la paciencia de escuchar mis modestas observaciones para abordar comportamientos ar-

caicos como situaciones humanas, dignas, por lo mismo, de reconocerles importancia en el campo de la filosofía de la historia.

Es mucha la tinta derramada sobre el aspecto de la medicina mágica: va desde los relatos de viajeros de criterio superficial que para salir del paso en los enigmas que no entienden en las actitudes de los pueblos "primitivos", de una vez las califican de engañosas, absurdas, ridículas, debidas al salvajismo o a una primordial estupidez, hasta los estudios de investigadores serios quienes a veces se desaniman por la multiplicidad de aspectos y la gran diversidad de los rasgos característicos y la enigmática personalidad de los encargados de ejercer el oficio múltiple de magos, sacerdotes, hechiceros y médicos.

Los estudios semánticos sobre los vocablos "medicina" y "médico" no dejan dudas de la identidad de ellos con la doctrina y la práctica de la adquisición de poderes ocultos, lo cual en todos los pueblos de la tierra forma parte del pensamiento mágico. En 1930 el profesor Rey, de la Sorbona, con gran rigor científico, analizó documentos de la antigüedad; védicos, budistas, chinos, egeos, egipcios y asirio-babilónicos. Llegó a la siguiente conclusión: "Unos Medicine-Men, hechiceros y brujos, semejantes a los que encontramos en las civilizaciones rudimentarias contemporáneas, fueron en todo el Oriente -y sin duda en todo el Occidente, hasta muy cerca de la época helénica- los únicos que han ejercido la medicina, haciendo cierta reserva sólo para Egipto y probablemente para la civilización mediterránea, a partir de tiempos homéricos". Estas reservas se refieren a los relatos del Papiro Schmidt

y de la *Ilíada* y la *Odisea* sobre los cuidados de las heridas. Esto, lo mismo que las cirugías que se han comprobado en esqueletos antiguos, incluyendo los de América, parecen ser los primeros pasos de actos positivos que empezaron a deslizar la medicina de la sola concepción mágica. (1).

Esta nació desde el momento en que el "homo sapiens", cuyo desarrollo intelectual fue progresando (lo cual es innegable a la luz de la historia), se aterró ante lo que no podía tocar, comprender o analizar: el sol con su cruce majestuoso por la bóveda celeste, la luna cuyo disco crecía y decrecía hasta desaparecer para dar origen a la oscuridad y a los misterios de la noche, el agua que caía de los cielos, los relámpagos relumbrantes, los truenos ensordecedores, el arco iris, signo de paz en las alturas. Estas primeras ideas acerca de lo físico, lo mental y lo espiritual se incrustaron en el cerebro humano y un oscuro sentimiento nos acompaña a lo largo de toda la Historia: la conciencia de lo sobrenatural, de ese "algo" que hay más allá de lo que perciben nuestros sentidos. Podemos decir que se ha llamado magia al modo de acercarnos a lo desconocido, al conjunto de actitudes que el primitivo, en su admirable espontaneidad y en su afortunada ignorancia, asumió ante lo incomprendible, lo que causa terror, lo que nos afecta el cuerpo o el espíritu. Esa magia era el núcleo de toda su espiritualidad: de esas actitudes brotaron el lenguaje, la música, la danza, los cánticos, las leyendas, la hechicería, la religión y la medicina. No hay magias superiores o inferiores, primitivas o refinadas: su esencia es siempre la misma. Solo hay activa y pasiva: ésta se somete a los poderes extranaturales, es humil-

de y es el origen de los sentimientos religiosos. La activa es una expresión de la voluntad de luchar para someter esos poderes o esos seres sobrenaturales (genios, demonios, espíritus o fuerzas) y convertirlos en auxiliares del que practica la magia: es el origen de la medicina. (2).

Sin embargo, entre los primitivos, religión y magia presentan una vinculación tan estrecha que podríamos decir que ambas asientan sus caprichos en una línea en que se juntan cuerpo y espíritu y que sigue siendo una tierra de nadie. Este límite sigue confusamente esquivo al microscopio de los investigadores y a las probetas de los químicos. Allí se engendra todo un mundo de acontecimientos en que predominan la fe en el destino, en la suerte, en la fortuna y aún en la inmortalidad y procedimientos con que tentamos vías más o menos místicas para que triunfen nuestros deseos o se eliminen las causas de la enfermedad y de la muerte.

El primitivo, cuya mente no alcanzó a apreciar suficientemente la diferencia entre lo posible y lo imposible y confundía lo objetivo con lo subjetivo, llegó instintivamente a la teoría del animismo universal. Consideró espiritualizada toda la naturaleza y el cosmos visible, sensible y presumible, borrando así poco a poco el límite entre los hechos naturales y los extra-naturales. Estos últimos se continúan, se complementan, se confunden y conviven con aquellos. Fue entonces cuando surgió la Magia Activa: surgieron personas que poseían una facultad especial: durante el sueño o en momentos de "éxtasis" se podían comunicar con los espíritus, de los cuales está el mundo lleno y que en su inmensa mayoría eran

considerados enemigos del hombre. Aprovecharon esta facultad para hacer amistad con los espíritus buenos, conocieron así las causas de las desgracias de los hombres, ante todo de las enfermedades y la muerte y se confabularon para vencer a los malignos: nació el sacerdote- hechicero y por lo mismo, la medicina mágica (3).

II. EL JAIBANA

De acuerdo con destacados investigadores, parece que el mejor sistema para comprender la esencia de la medicina mágica primigenia es integrarse a núcleos humanos alejados de la civilización donde haya una supervivencia de procedimientos ancestrales y en donde exista un médico-hechicero de gran prestigio entre su tribu. Siguiendo el consejo de Paul Rivet, hace 32 años tuve la suerte de conectarme con un grupo de estas características, compuesto de doce familias y casi el centenar de personas, quienes incrustadas en sitio lejano y estratégico en las selvas del Chocó, vivían compenetrados directamente con la naturaleza. Solamente una tercera parte, y todos ellos hombres, hablaban el español y habían conocido pueblos de los "libres". Acompañado de un gran amigo del Jefe de las familias, que al mismo tiempo era el "**Jaibaná Olegario**", los encontré amistosos, pero recelosos y esquivos para hablar de las "ceremonias de curación, aunque muy afirmativos para reconocer los grandes poderes de su jefe sobre los malos espíritus, enemigos de la tribu.

En el "Tambo" de Olegario, el mayor y más confortable, puede observar y detallar una especie de zarzo o messanine, donde había un camastro formado de delgadas varas pintadas muy simétricamente, con colores rojo y negro, recubiertas de hojas de palma y de "bijao" o platanillo, muy utilizadas para las invocaciones, por presentar el anverso blanco y el reverso verde. Encima aparecían muy destacados unos muñecos o idolillos tallados en madera, con predominio de figuras antropomorfas. Era lo que buscaba: el "Anyi-Jai-Ara" o altar-consultorio del Jaibaná. En sucesivos viajes y cargado de regalos, fuí estrechando la amistad, hasta que después de una curación es-

pectacular que realicé en un niño, gracias a un efectivo antidiarréico, que mezclado con "agua-panela" le hice ingerir mientras, al son de un tambor, le cantaba estrepitosamente en francés. Además realicé, delante de Olegario, una hipnosis colectiva entre los familiares del niño, prácticamente exitosa, sugestionándolos con sensaciones de intenso frío o calor, producidas por un espíritu que yo dominaba y que denominé "**EOIO**" (dios de los vientos). El poder de la droga, reforzado con el poder sobre los fenómenos naturales y por lo mismo, sobre los espíritus que los animan, fue el "abrete sésamo" para ser considerado como émulo del Jefe y para que éste me fuera dejando poco a poco penetrar en su mentalidad y en algunas modalidades de su ejercicio profesional. Me parece que algún interés pueden tener las observaciones que os presento, sacadas de mis experiencias con médicos indígenas. Creo que el sólo aspecto de tener bases para conocer la mentalidad ancestral de nuestra gente ante el dolor, la angustia que nos subyuga ante las causas y evolución de las enfermedades de diagnóstico complicado, la "fe" en el milagro o en el médico y su terapéutica, justifica el que dediquemos unos minutos a asomarnos a las modalidades de la medicina mágica que los "civilizados" europeos encontraron en los países americanos.

El médico-hechicero, a quien Pedro Simón denominó Mohán y que ejercía, según él, en "Buhíos del Diablo", se puede asimilar a los Shamanes siberianos y esquimales que han sido estudiados con mucha seriedad por varios investigadores. Reflejan bien lo que ha sido desde el principio de la humanidad la expresión del pensamiento mágico, cuya esencia os he expuesto anteriormente. El animismo o espiritualismo universal aparece fuertemente marcado. Las simples afecciones elementales de orden traumático como piedras, espinas, flechas, garrotazos y dentelladas que penetraban en el cuerpo y lo enfermaban o lo destruían, engendraron en su mente la idea del "cuerpo extraño" sobrenatural, del "quid maligno", del espíritu morboso del enemigo, que conducido por emanaciones mágicas (el aire en el exterior y la sangre en el interior) era el causante de las perturbaciones patológicas. El primitivo,

parásito de la naturaleza, se compenetra con ella, la considera inmanente e inmortal, de lo cual él participa. Por ello enfermedad y muerte no pueden llegar sino de influencias malélicas de ultratumba, del más allá ...

En vida les pasa con frecuencia que durante el sueño "viajan" a otros lugares: cuando llega el sueño de la muerte también se emigra a los lejanos países de los espíritus. Allí se puede encontrar con sus parientes y sus amigos o su alma puede ser robada por un enemigo para utilizarla como "espíritu maligno". Ahí está la esencia de la profesión del Jaibaná: debe ser curar durmiendo a los espíritus que atormentan el enfermo y destrándolos de su cuerpo y de su alma. Para ello debe saber utilizar las fuerzas misteriosas que sólo se adquieren cuando se encuentra en un estado especial: fuera de sí, con otra personalidad, insensible a lo que lo rodea, en el mundo de los espíritus, entre realidades intangibles (4).

Pero este don de curar no todo lo poseen y difícilmente es hereditario. Entonces ¿cómo se llega a ser Jaibaná?

Según mi informante, el viejo Jaibaná de pronto "ve" durante el sueño a un niño que "sabe soñar y curar", pero al cual hay que entrenar para que no lo engañen los malos espíritus y sepa "ganarse" a los buenos. Si el niño no ha nacido, el Jaibaná localiza a la madre, sopla sobre su vientre y coloca sobre él emplastes de yerbas mágicas para que le trasmitan su poder al heredero de su ciencia.

Cuando el niño predestinado ha desarrollado sus músculos y su mente, queda bajo la tutela inmediata del anciano. Este debe estimular ante todo la predisposición síquica: espíritu fácilmente excitable y una extraordinaria fantasía, casi anormal. Para desarrollarla lo va concientizando de haber nacido bajo circunstancias extraordinarias, de haber sido escogido especialmente por los Jais buenos para convivir con ellos durante el sueño. Este consiste en un estado letárgico que se busca y se consolida en la oscuridad, en la soledad, después de privaciones y ayunos prolongados con

los cuales se aprende a dominar el hambre y el sueño fisiológico y a provocar alucinaciones con el consumo progresivo del jugo de plantas especiales. En esta forma se convencen de la "realidad" de sus visiones. Las enseñanzas sobre el uso de las plantas, sobre los cánticos, danzas y ensalmos son nocturnas: jamás a la luz del sol se puede dialogar con los espíritus. Solamente el "canto de la noche" los atrae y los domestica.

El alumno debe hacer regalos al profesor, trabajar para él, saber preparar las bebidas y comidas de los espíritus, practicar las invocaciones a los Jais durante el sueño, tallar figuras de hombres y de animales en maderas finas para que los espíritus les infundan su poder. Cuando el Maestro considera que fuera de esto, también domina los ritos, las palabras y los cánticos mágicos, el efecto de las plantas medicinales, las propiedades de la carne y de los órganos de ciertos animales y sabe obtener la "fe" de los enfermos y su parentela, en sueño especial invita a los espíritus para una ceremonia nocturna de "transmisión de poderes". Algunas mujeres, preferiblemente vírgenes, y escogidas por el Maestro preparan abundante chicha de maíz y comidas especiales. El Jaibaná y su alumno, en secreto, hacen la mezcla de las bebidas alucinógenas.

De esta ceremonia solamente me cuenta que el alumno debe llevar los Jais que ha tallado y que el momento culminante es cuando llegan los espíritus, los encantan, les trasmiten sus poderes y autorizan al Maestro para que se los entregue al nuevo Jaibaná y le regale además uno de sus dos bastones de autoridad. Ya tenemos a nuestro hombre ostentando el título, pero su prestigio es bastante relativo: a él solo se acude para fenómenos nimios, poco graves o complicados. Debe acrecentar su fama visitando otros Jaibanás "Ara", es decir, sabios, lo que le obliga a hacer largas correrías en búsqueda de "especializaciones". La principal es la de ciertos pactos de "no agresión" y más bien de colaboración que debe efectuar con espíritus de otras tribus. Ha sido costumbre ancestral que entre los hechiceros indígenas no puede haber enemistades, aunque sus tribus estén en guerra; es la ética natural de la medi-

cina, tan olvidada entre los civilizados y que hizo exclamar a los latinos: "homo homini lupus et medicus medico lupissimus" (el hombre es un lobo para el hombre y el médico muy lobo para el otro médico). Los secretos son religiosamente guardados, nunca se traicionan y los conocimientos mágicos especiales deben ser revelados a otros Jaibanés o en ausencia de éstos, a los hijos, antes de morir, para poder hallar paz en la otra vida. Los idolillos de madera y los bastones de autoridad que han sido "cantados" se consideran la morada de los espíritus y no pueden ser regalados sino entre hechiceros: jamás a un "libre", término con que señalan a la persona que no pertenece a la tribu.

Cuando el Jaibaná muere, sus amuletos lo acompañan al sepulcro para obtener la colaboración de los espíritus amigos y poder regresar en beneficio de su familia y de su tribu.

Los Jais pueden ser antropo o zoomorfos, o combinados y las características faciales de hombres, monstruos o animales varían de acuerdo con la aparición del espíritu invocado. Se debe repetir hasta que la semejanza quede bien aliviada, de otra manera el Jai no viene a habitarlo y por lo mismo se queda sin poderes curativos (5).

Vemos, pues, que en el Jai reposa la ciencia y la responsabilidad de la profesión jaibanística. Por eso me parece digno y justo el homenaje que la Academia Antioqueña de Medicina a buena hora le tributó al plasmar su imagen en el Escudo de esta meritoria Institución, gloria de la ciencia colombiana y guardiana celosa de los principios de Ética que deben regir la práctica profesional.

III. LA TERAPEUTICA.

De acuerdo con lo observado, las explicaciones que los informantes indígenas me han suministrado y numerosos trabajos consultados, creo que la terapéutica del jaibanismo tiene dos aspectos que debemos considerar por separado. Son ellos: A. El Animista o Espiritual a través de la magia, la sugestión y la hipnosis, con la ayuda de las plantas "sagradas". B. El Naturalista a través

de los remedios de origen vegetal o animal y de algunas prácticas quirúrgicas.

El segundo aspecto es ya muy conocido en la literatura médica pues desde la época de la Conquista empezaron algunas tímidas investigaciones que aunque no han terminado, ya es bastante lo que se ha avanzado en su estudio.

Por lo mismo y para estar de acuerdo con el tema que estoy desarrollando, sólo me referiré al primero.

Recordemos que el acto por excelencia del Jaibaná es la "ceremonia" de la curación, esencialmente médico-religiosa.

Las modalidades de los ritos varían de acuerdo con la importancia de la enfermedad y del enfermo, del prestigio del curandero, de la cantidad de bebidas embriagantes y de comidas aportadas por los parientes. De allí que los relatos de las personas que los han presentado a la publicidad sean tan dispares. Concretémonos a lo esencial. Ante todo, hay que producir una disposición mística en todos los participantes, la cual se inicia con el sordo sonido monótono del tambor, talvez el primer instrumento que ha servido para invocar a los espíritus. En las más antiguas leyendas conocidas se repite con frecuencia: "me siento muy mal, toca algo el tambor y me pondré mejor". Los atributos externos del Jaibaná deben ser impresionantes: su cabeza se adorna con una vistosa corona multicolor, de la cual penden plumas de pájaros vistosos, las cuales también adornan al Anyi-Jai-Ara o bastón de autoridad. Durante la ceremonia éste, en el cual se conjugan todos los Jais amigos, permanece en la mano derecha, durante el día en el altar y por las noches acompaña al Jaibaná, como inspirador de sus sueños mágicos. El banco en que se sienta, pintado con rayas simétricas de vivos colores, de ordinario está decorado con figuras de animales, siendo muy común las cabezas de serpientes. Acaso los primitivos no han considerado siempre a las serpientes como signo de inmortalidad por su periódico cambio de piel y Esculapio como animal sagrado y símbolo de las virtudes medicinales y el

bastón, el cual significaba la sugestión, base de curación? El paciente, acostado al frente del "altar" que debe estar bien adornado, reposa sobre un tapete de hojas especiales y el Jaibaná inicia la curación absorbiendo ceremoniosamente la infusión de alucinógenos para provocar el trance. En estado de letargia entona cánticos monótonos e inicia un baile rítmico y giratorio, en el cual el enfermo debe concentrar la mirada. Ya en estado hipnoide, el paciente empieza a recibir baños, sobijos, punciones, succiones que le indican los órganos afectados por los cuerpos extraños que en ellos han introducido los espíritus enemigos. Es la fase diagnóstica. Se suceden las bebidas embriagantes con otras copas de brevajes alucinógenos, para llegar, casi siempre al filo de la media noche, cuando los Jais llegan a alimentarse, al momento culminante del éxtasis: "ven" los remedios que pueden expulsar a los enemigos o si el paciente "ya no tiene alma" porque ellos se la robaron. Es la fase del Pronóstico.

Al finalizar estas ceremonias curativas, sostuve en el Congreso Ibero-Americano de Sofrología, realizado en Buenos Aires (Argentina) en el año de 1967, la tesis de que el Jaibaná, de acuerdo con su preparación psicológica y ayudado por la acción de drogas alucinógenas y estupefacientes, entra a un estado de autohipnosis, con fases de clarividencia y crea, sobretudo en el paciente, pero también en los asistentes, una posición sofrónica que les da la certidumbre absoluta de que la enfermedad ha sido conocida y de allí nace la "fe ciega", al rapport necesario para crear una profunda sugestión hipnótica.

Algunos antropólogos hablan de las "técnicas arcaicas del éxtasis" y demuestran que cuando los griegos dedicaron templos al Dios Hipnos (sueño) para que les quitara los dolores y les curara las enfermedades, se basaron en las tradiciones sobre el poder curativo de lo que posteriormente sostenía el padre de la medicina, Hipócrates, cuando escribió: "El alma parece tranquilizarse cuando con los ojos cerrados se alivian las angustias del cuerpo" Fielding H. Garrison en su formidable "Introducción a la Historia de la Medicina" sale en defensa de los médicos primitivos

y sus métodos de superstición y sugestión hipnótica. Los considera honestos por ser leales a sus creencias, en tanto que muchos charlatanes modernos lo hacen con espíritu superficial y burlón, sin convicciones, pero basándose en el éxito aparente de sus maniobras. Dice: "cuando más de cerca miramos los métodos del hombre primitivo, más obligado resulta rebajar nuestro propio engrandecimiento".

Henry Sigerist en su "Historia de la Medicina" publicada en Orfoxt en 1951, en un ambiente super-científico, donde se llegó a ridiculizar la existencia de un mundo más allá de lo visible, en una actitud atrevida sostenía: "Es un insulto para el curandero primitivo llamarlo el antepasado del médico moderno.

El curandero es eso, a buen seguro, pero es mucho más: es el antepasado de la mayoría de nuestras profesiones: sabe más que otras gentes acerca del mundo trascendental, hasta el punto que tiene poder sobre éste".

Investigaciones posteriores han venido reivindicando este juicio, al demostrar el asombroso poder terapéutico de la sugestión. El principal medio curativo del médico primitivo es el de su gran dominio sobre las imaginaciones de otros hombres, pero este campo es muy amplio. Este dominio implica irremediamente el poder manipular, sin darse cuenta, un estado hipnótico, en el cual el "YO" normal parece entregar la posesión de su cuerpo a una personalidad ajena. De allí a ponerse en contacto alucinatorio con espíritus buenos y malos, en los cuales cree ciegamente no hay sino un paso. Este contacto lo han denominado muchos autores como el momento en que "se domestica lo sobrenatural".

Es el "trance hipnótico", comprobado por modernas y refinadas investigaciones, y durante el cual existe un asombroso potencial de la mente que puede llegar a transmitir la sugestión a distancia, por medio de comunicaciones extra-sensoriales.

Ese potencial mental puede ser fuente de acciones terapéuticas, si no siempre permanentes, al menos paliativas o sintomáticas, lo cual representa lo inmediato que exigen los pacientes: alivio al dolor y a la angustia. Hay hechos lo suficientemente conocidos e investigados con rigor científico que nos permiten al menos conceder respetabilidad a las creencias ancestrales.

Hipócrates, en el "Libro de la antigua medicina" muestra gran respeto por sus predecesores y dice que los momentos más importantes del acto médico son el Diagnóstico y el Pronóstico. Para el médico y filósofo Stephan =(del siglo VI) son también los más enaltecedores "pues, dice, aproximadamente en cierta forma el hombre a la divinidad". No sería esto lo que hizo exclamar a Camus en el último párrafo de su libro "La Peste"; "Los hombres que no pueden ser santos, se esfuerzan sin embargo por ser médicos".

Diagnóstico y pronóstico son actos que en la medicina primitiva se hacen por intuición en estado de trance: es la magia adivinatoria: es el alma la que está afectada: los síntomas físicos son solo su manifestación externa, no son la causa del mal.

Estos fenómenos mentales, todavía incomprendibles, hacían exclamar a Richard Koch: "lo irracional no podrá negarse en ninguna de las partes de la medicina".

Ya Teofrasto Paracelso había dicho: "lo que una generación considera como la cumbre del saber, es a menudo considerado como absurdo por la generación siguiente y lo que en un siglo pasa por superstición puede formar la base de la ciencia en el siglo venidero".

PLANTAS MAGICAS

La fármaco-etnología vegetal es una ciencia ya muy avanzada y es mucho lo que se ha investigado sobre las drogas paralelas, es decir aquellas cuyas propiedades han sido aprovechadas por el hombre en lugares distantes, sin que se tuvieran conocimientos recíprocos. Es probable que

las primeras plantas utilizadas por el hombre con fines medicinales fueran las analgésicas y las estimulantes. Nuestros aborígenes suramericanos utilizaron una gran variedad de plantas ilusiógenes estupefacientes para su medicina mágica y con ellas han contribuido al desarrollo de la sicofarmacología con la que nos acercamos al conocimiento de lo que más desconocemos: la mente humana. Al estudiarlas nos convencemos que la práctica de la medicina mágica, que encierra un núcleo empírico, contiene en embrión la terapéutica científica. El nacimiento y el progreso de ésta parece haber consistido en un lento y minucioso proceso para diferenciar lo falso de lo verdadero en la práctica de la primera. Es increíble la agudeza y el espíritu de observación práctica que tuvieron para descubrir estas plantas, el órgano vegetal más rico en principios activos (sin ayuda de la química) y cómo se ingeniaron para administrarlos: polvos para inhalarlos, porciones de varias plantas para reforzar la acción farmacológica, la administración de "pastas de hierbas" por vía rectal (enemas), práctica ésta que aterró a los conquistadores y la atribuyeron a diabólicas perversiones sexuales.

Me pregunto: ¿Cuánto hubiera ganado la terapéutica si los españoles y sus "croniqueros" no se hubieran aterrado de las prácticas curativas de los indígenas y hubieran establecido un diálogo con su cultura, en lugar de contraponer a una medicina mágica tradicional, de miles de años, otra magia religiosa que a la fuerza trataron de imponer?

Un investigador acucioso, el Dr. Letamendi afirma: "Después de cuatro siglos de investigación terapéutica metódica, todavía debemos más a los salvajes que a los sabios: tal es en medicina el poder de la experiencia acumulada, aunque la acumule la ignorancia". Escribe F. Guerra, citado en la Historia de la Medicina de Entralgo: "El mejor homenaje que la medicina precolombina pudiera recibir, salió de la pluma de Hernán Cortés, al pedir a Carlos V que no permitiera pasar médicos españoles a Méjico, porque la destreza y los conocimientos de los médicos aztecas los hacía innecesarios".

Desde épocas inmemoriales nuestros médicos indígenas han preparado las bebidas alucinantes que emplean en sus actos curativos, preferentemente por la maceración o cocción de numerosas plantas sicotrópicas. Someramente solo me referiré a tres que presentan aspectos etnomédicos que me parecen interesantes. Las investigaciones botánicas, químicas y farmacológicas han sido numerosas, pero creo que falta todavía mucho camino por recorrer para establecer los mecanismos de acción en el cerebro, por los cuales se producen esos desdoblamientos de la personalidad, alucinaciones e ilusiones ópticas, estados telepáticos y oníricos.

Su investigación se dificulta porque el acceso a los sitios de recolección no es fácil, los indios temen mostrarle al "libre" la planta sagrada de los hechiceros, ya que esto provoca la ira de los espíritus y solamente los verdaderos médicos indígenas conocen la preparación adecuada del brevaje y las otras plantas que se le mezclan: Hay que recordar también que el efecto de los estupefacientes varía ostensiblemente de acuerdo con la mentalidad del sujeto, su estabilidad emocional, las explicaciones previas al experimento, que a veces resultan inductivas, la confiabilidad en lo que dice haber experimentado durante la inconciencia, los hábitos en el uso de estimulantes y el ambiente en el cual se desarrolla el experimento (6).

He tenido varias oportunidades de conocer el uso del YAGE o HAYA- HUASCA. Como integrante de una comisión científica, propiciada por la Universidad de Antioquia y dedicada a una investigación sobre solanáceas, bajo los auspicios de un laboratorio americano, tuve la oportunidad de conocer la planta, asistir a ceremonias especiales e interrogar a hechiceros e indígenas del Amazonas. De acuerdo con mis notas de viaje, la mayoría de mis informantes estuvieron de acuerdo en lo siguiente: si no se está bien acostumbrado a ingerirla, es mejor tomarla en forma de la poción que resulta de la trituración del tallo, añadiéndole solamente un poco de agua. Cuando se está habituando a ella, se toma el extracto concentrado y que ha hervido buen tiempo. Sobre su

efecto, me hablaron de ensueños agradables o terroríficos, fantásticos, algunas veces con ilusiones eróticas, viajes a lugares desconocidos. Son muy constantes en afirmar que siempre existen alucinaciones policromas, figuras geométricas o deformadas y hasta monstruosas: que nunca habían conocido: todos estos son fenómenos de despersonalización muy interesantes psicológicamente hablando.

Me decían: "la vista sí era la mía, muy buena, veía hasta muy lejos. Siempre mucho brillo- colores lindos, pero los países y cosas no son los míos-Son como si yo fuera otra persona".

Con el antropólogo Alberto Juajibioy estuve entre su tribu, haciendo algunas investigaciones entre los Sibundoyes. Con uno de los Jefes, su pariente, me consiguió una buena dosis de ilusígeno, listas para el uso y con todas las indicaciones pertinentes. Con él realicé algunas experiencias, de las cuales considero más interesante la siguiente: en compañía de un médico invitamos a un gran amigo, pintor, a tomarnos unos tragos de licor a los cuales pensábamos añadir un estimulante nuevo que nos iba a proporcionar buenos momentos de alegría. El color del brevaje afortunadamente parecido a coca-cola con agua se prestó muy bien para disimular la preparación del Yagé. Previos dos o tres "aguardienticos", muy ceremoniosamente ingerimos nuestro "estimulante". Observamos bien a nuestro compañero: después de un parpadeo acelerado y débiles contracciones musculares, entró a un sueño tranquilo y mudo.

Como en un estado hipnoideo, me obedeció para recibir e ingerir una segunda dosis. Después de ésta hubo un corto período convulsivo, tez pálida y lentas pulsaciones. Algunas palabras ininteligibles, las manos muy inquietas. Cuando a la hora y media despertó, tomamos un buen café y se mostró eufórico.

Espontáneamente nos informó: "nunca creí que pudieran combinarse los colores en la forma en que me deslumbraron. Ojalá pudiera reproducirlos, lo mismo que los lugares, paisajes, animales y personas extrañas que me acompañaron en

ese mundo de fantasías y de ilusiones. Ví toda una película en technicolor, como las de ficción. Siempre había soñado en blanco y negro. Considero esta experiencia como un "éxtasis mágico civilizado".

Nuestros primitivos también utilizaron Las Daturas. La más conocida entre nuestro pueblo es **EL BORRACHERO**. Los indígenas lo utilizaron como estupefaciente y anestésico. Entre nosotros se conoce también como "Burundanga" y la utilizan para hacer el mal: sirve para "enyerbar" con fines amorosos o para aprovecharse de la profunda inconciencia y amnesia que produce, para realizar con el sujeto toda clase de fechorías.

Una infusión de ella, de sabor agradable se encargaron las indias, durante la conquista, de afamarla como afrodisíaca: no fueron pocos los soldados y aún frailes intoxicados, según nos lo cuenta el Inca Garcilaso de la Vega en sus "Comentarios reales" (7).

Como embriagante e ilusiógena, estimulante y energética, entre los primitivos suramericanos tuvo la **COCA** un origen sagrado y digno de adoración. Entre los Incas al principio su uso era reservado al Emperador y para el culto religioso. Pero cuando llegaron los españoles, se cultivaba metódicamente y constituía un hábito popular. En las tumbas se colocaban hojas de coca para que a los muertos les protegiera el alma.

Cieza de León en su primera parte de las "crónicas del Perú" describe muy bien su uso en los distritos colombianos de Quimbaya y Aserma, Cali y Popayán, pero la considera como "una costumbre supersticiosa". El Concilio de Lima en 1569 juzgó el hábito de masticarla como "cosa inútil, pernicioso, que conduce a la superstición por ser talismán del diablo". Se prohibió su empleo y ordenaron destruir sus cultivos. Al año siguiente el Virrey autorizó su uso, pero someténdola al impuesto del diezmo eclesiástico.

Consideró que era imposible desarraigar el hábito, que era el modo de obtener mayor rendimiento en el trabajo del indio y que permitía disminuir su alimentación. Además, como lo consigna Garcilaso: "el diezmo sobre las hojas de la coca constituye la gran parte de las entradas de los obispos". Además era una fuente de enriquecimiento: dice Cieza de León: "En España hay algunas personas que se enriquecieron con la coca, vendiéndola y revendiéndola en los mercados indios". Según cita De La Rosa, en Colombia, entre los Arhuacos, "la muelen y hecha polvo es muy medicinal contra el dolor de muelas y para esto lo guardan ellos y se los venden a los españoles" (8).

Hago estas consideraciones para insistir en que es muy distinto un hábito alimenticio y medicinal, donde la dosis absorbida es discreta e invariable, al vicio de emplearla purificada solo para buscar placer y aislarse de la realidad. El uno, según el Dr. Domínguez, médico argentino, es co-caismo, el otro cocainismo. Los primitivos supieron utilizar las plantas para su beneficio y nos dejaron un legado medicinal muy amplio y muy depurado y al cual a veces hemos pervertido.

Otra conclusión de estas modestas consideraciones sobre aspectos de la medicina primitiva sería que para oxigenar el futuro del arte de curar y despejar caminos nuevos, se puede también acudir a libros, apuntes y revistas viejas. Como el futuro empieza en el pasado y éste es el que dice lo que somos, como empecé, termino con otro proverbio chino: "Si un hombre vive en el pasado, desperdicia su presente. Si un hombre ignora el pasado, talvez sacrifica su futuro".

BIBLIOGRAFIA

1. J. IMBELLONI. Prólogo al libro Medicina Aborigen Americana del Dr. Ramón Pardal.
2. CADAVID GUTIERREZ, Julián. *La medicina mágica entre los indios del Chocó*. Revista Ibero-americana de Sofrología. Buenos Aires 1965.

3. Medicina Aborigen Americana. Dr. Ramón Pardal, pp. 56 a 73.
4. CADAVID G., Julián. **Comunicación al Congreso Ibero-americano de Sofrología. Buenos Aires, 1967.**
5. Jaibanás, los verdaderos hombres. Luis Guillermo Vasco.
6. Revista Colombiana de Folclor. Notas Varias sobre el Yagé. Guillermo Abadí No. 8, 1963.
7. Etnofarmacología de las Plantas sicotrópicas de América. Dr. Plutarco Naranjo Terapia, Año XXIV, 1969.
8. Medicina Aborigen Americana. Dr. Ramón Pardal. pp. 285 y ss.